

observación es distinto. Jorge Eliot, en efecto, dice más adelante: «Descubro una fuente de inagotable interés en esas representaciones fieles de la monótona existencia doméstica, que ha sido el lote de la mayor parte de mis semejantes, mucho mejor que en una vida de opulencia ó de indigencia absoluta, de dolores trágicos ó de acciones estrepitosas. Me aparto sin pena de vuestros profetas, de vuestros héroes, para contemplar á una pobre vieja inclinada sobre una maceta ó tomando su comida solitaria..... ó aun esa boda de aldea que se celebra entre cuatro paredes ahumadas, en que se ve á un marido majadero romper torpemente el baile con una desposada de altos hombros y ancha faz.» Y aun agrega: «Tengamos constantemente hombres prontos á emplear con amor el trabajo de su vida en la minuciosa reproducción de esas cosas sencillas. Los pintorescos *lazzaroni* ó los criminales dramáticos son *más raros* que nuestros vulgares campesinos, que ganan honradamente su pan y se lo llevan prosaicamente á la boca en la punta de su navaja. Es menos necesario que prodigue mis simpatías á ese soberbio bandido, de escarapela roja y pluma verde, que no á ese modesto mercader que me pesa el azúcar, abierto el chaleco y suelta la corbata..... No quisiera, ni aun dependiendo de mí, ser el hábil novelista capaz de crear un mundo de tal modo superior á aquel en que vivimos, á aquel en que nos levantamos para entregarnos á nuestros trabajos diarios, que os hiciese tal vez mirar con indiferencia nuestros caminos polvorientos, nuestros campos de un verde ordinario, los hombres y las mujeres realmente existentes.....» Jorge Eliot cree que deben pintarse los caracteres y las escenas que nos presenta la vida corriente, que es la que encierra más cantidad de realidad, si se nos permite la frase, diferenciándose, además, de los naturalistas franceses, en la calurosa simpatía que le inspiran «las monótonas existencias» y los «vulgares labriegos». Este sentimiento de simpatía hacia los asuntos que trata, rasgo común al naturalismo inglés, le permite escudriñar los más ocultos rincones del alma humana y sorprender el sentido íntimo de las cosas, mientras la observación hostil, irónica ó, cuando menos, burlona de los realistas franceses no les deja mirar la una y las otras sino por sus lados más superficiales.

Las novelas de Jorge Eliot, *Adam Bede*, que ya hemos citado, *Silas Marner*, *The Moulin on the Floss*, *Felix Holt*, *Daniel Deronda* contienen un tesoro de observaciones psicológicas, profundas y originales. Si no habéis leído la novela de *Adam Bede*, dice Brunetiere, sabéis, por haberlo oído contar ó por haber visto ejemplos semejantes en el círculo de vuestra experiencia, que las consecuencias de una sola falta pueden complicarse hasta el crimen; pero no sabéis *cómo* eso se verifica, por qué sorda conspiración de las circunstancias y por qué sutil trabajo de perversión interior. Si no habéis leído *Silas Marner*, podéis saber de una manera especulativa, que una pasión arroja á otra y que el alma humana es capaz de sufrir bruscas transformaciones; pero no sabéis *cómo* esto llega á suceder y cuán pequeña, insignificante, casi nula es la parte que en esta obra corres-

ponde á lo que llamáis casualidad..... Las circunstancias no modifican nuestra naturaleza; la sacan de su indeterminación y nos la revelan á nosotros mismos. Los acontecimientos no crean nada en nosotros. Si algún hombre juicioso y hasta entonces tenido por tal, de voluntad firme y sentido recto, comete una tontería, no epilguemos más; es que siempre había habido en su espíritu algunos granos de locura mezclados á una alta dosis de prudencia. Toda vida humana depende de la dirección que se imprime á sí misma y de las restricciones que se impone, cómo inconscientemente, á medida que se prolonga la cadena de sus actos. Antes, cuando sobre los romanos primitivos pesaba aún el fardo de las antiguas supersticiones itálicas y dioses crueles presidían los actos más insignificantes de la vida, ni en el hogar doméstico, ni en la plaza pública, se podía toser, estornudar, escupir, sin el temor de ofender á esos árbitros exigentes de la felicidad ó la desgracia de la existencia entera, y el involuntario olvido de la fórmula expiatoria provocaba su venganza, con tanta seguridad como las altas cimas atraen el rayo. Somos hoy para nosotros mismos esos dioses malévolos y vengativos. La responsabilidad oculta de nuestras acciones más indiferentes en apariencia, se revuelve contra nosotros y nos arrebató nuestra felicidad en pago de nuestra deuda..... Toda la novela de *Adam Bede* está como construída, con arte maravilloso, sobre estos datos..... Hay más aún. Somos hombres y vivimos en sociedad con nuestros semejantes. Como la piedra que cae en un lago tranquilo, así cada uno de nuestros actos se convierte en un centro de ondulaciones, que pueden interrumpir ó turbar allá abajo, muy lejos, el curso de alguna existencia ignorada. Y como en el caso anterior no es menester que nuestras acciones cesen de ser ordinarias y hasta triviales para pesar en nuestra existencia futura, del mismo modo, para influir en la suerte de los demás, no necesitamos ser héroes de novela, ni paladines de epopeya: «la existencia de cualquier persona, por insignificante que sea, tiene consecuencias importantes en este mundo». Puede demostrarse que «no es extraña al precio del pan ni á la tasa de los salarios, con lo que quizá dé ocasión para que salgan del reposo de su egoísmo muchos malos caracteres, ó surjan no pocos egoísmos, todos los cuales concurren á la tragedia de la vida». En prueba de esto, la sencilla y conmovedora historia de *Silas Marner* se desarrolla en su totalidad por efecto de la muerte de una pobre mujer, cuya pérdida no había producido más emoción que la que causa, al declinar el estío, la caída de una hoja. Sin embargo, esta muerte lleva en sí «todo el misterioso poder del destino para varias vidas humanas», y «las alegrías y las tristezas que debían ser su patrimonio en la tierra», esa muerte las determinó. Si leéis *Silas Marner* superficialmente, os parecerá que esa muerte no interesa más que á una sola persona; pero si os fijáis, hallaréis que es el origen de un cambio de dirección en el pequeño mundo que el autor hace vivir en la aldea de Raveloë.

Como se vé, Jorge Eliot, á más de psicólogo, era moralista. En esto no hay nada que

deba llamar la atención, tratándose de un novelista inglés; pero sí es digno de notarse que su moral no degenera en insoportables sermones, defecto de que no se libran la mayor parte de sus compatriotas, sin exceptuar los más renombrados. En vez de regular el deber de un modo abstracto y dogmático, lo deduce de las circunstancias de cada caso, partiendo de la solidaridad que liga nuestras acciones entre sí y con las acciones de los otros. Concibe la moral, como Herbert Spencer, cuando escribió más adelante: «La moral tiene un campo más vasto que el que se le señala de ordinario; pues además de la conducta apreciada comunmente como buena ó mala, comprende toda aquella que favorezca ó contrarie de una manera directa ó indirecta nuestra felicidad ó la de nuestro prójimo». Y no se atribuya esto á simple coincidencia. Jorge Eliot vivió en la intimidad del ilustre filósofo. H. Jorge Lewes fué también amigo suyo. Su instrucción era sólida y extensa, y antes de escribir novelas, había traducido la *Vida de Jesus*, de Strauss, y la *Esencia del cristianismo*, de Feuerbach. Su irresistible propensión á las especulaciones filosóficas perjudicó á Jorge Eliot al fin de su carrera. Según la ingeniosa frase de un crítico, tuvo entonces los defectos de sus cualidades; pero antes había tenido las cualidades de sus defectos.

Sin poseer el genio de la novelista de que acabamos de hablar, se distinguieron como buenos narradores Trollope, que describió fielmente las costumbres de la clase media, prodigando rasgos satíricos deliciosos, y Carlos Reade, que, presentándose como enemigo resuelto de todo lo que fuese artificio, afeminamiento, aparato solemne y teatral, preparó el camino á la aplicación más libre de la experiencia.

Cierta inclinación á un ideal caballeresco, sentimientos humanitarios y el estudio entusiasta de Carlyle, se combinaron para formar el talento de Carlos Kingsey. Sus primeras novelas, de carácter socialista, empiezan á ser dadas de lado; pero *Hypatia*, en que pinta con extraordinario vigor la lucha del gentilismo y el cristianismo á principios de nuestra era, y *Westward Ho*, conservan su frescura de hace cuarenta años. Lucas Malet, seudónimo de mistress Harrison, hija del anterior, mereció elogios cultivando el mismo género literario que su padre. En la novela histórica, á que los ingleses se muestran muy aficionados, sobre todo desde Walter Scott, descollaron Bulwer Lytton, Baring Gould, Hall Caire, Wallace; y en la de sensación, Wilkie Collins y mis Bradon. Ya próximo á terminar el siglo, Rudyard Kiplin ha alcanzado rápidamente celebridad con sus originales historias de lobos y serpientes, elefantes y tigres, focas y monos. En suma: no hay una sola variedad de la novela que los ingleses no hayan cultivado en el período que nos ocupa, y sería tarea imposible el querer recordar á todos los que han sobresalido en esta rama de las bellas letras, siendo curioso que las mujeres figuran entre ellos en igual ó mayor número que los hombres. En cambio, no presenta la Gran Bretaña en ese espacio de tiempo ningún autor dramático notable.

Muchos de los directores de la política inglesa, en los últimos cincuenta años, no eran elocuentes; todos poseían en grados distintos el talento de discutir, todos hablaban bien; pocos eran oradores. Este título sólo corresponde á Disraëli, á Bright y á Gladstone. El primero se distinguía por su dicción académica y la habilidad con que manejaba la ironía y el sarcasmo; el segundo parece un orador meridional, por el fuego y brillantez de su palabra; el tercero, el glorioso jefe de los liberales, á quien sus compatriotas llamaron la *décima musa*, unía, según frase de nuestro Castelar, «á la majestad increíble de Bossuet el genio político de Fox». Disraëli, antes de consagrarse á la política, se había dado á conocer como novelista y literato de relevante mérito, conservando estas aficiones de su juventud durante su vida entera. Gladstone probó ser también buen escritor, pero en obras de otra índole.

El tránsito de la poesía á la prosa, del romanticismo á la observación reflexiva de la realidad, verificóse en Rusia más deprisa que en ningún otro pueblo. El genio esencialmente realista de los eslavos facilitó la evolución. Por virtud de este cambio, la novela vino á ocupar lugar preferente en la literatura del país. Por de pronto, algunos de los escritores que aparecen son aún románticos inconscientes; pero en todos se observa la tendencia á describir escenas de la vida nacional, histórica ó contemporánea, persiguiendo casi siempre el efecto cómico con intención satírica y algo de *humour*. Este fecundo movimiento no se interrumpe en muchos años, hasta adquirir renombre universal sus representantes más ilustres. El primero de éstos, por orden de fechas, es Gogol, que murió á poco de mediado el siglo. Después de algunos ensayos, no muy afortunados, publicó en mil ochocientos treinta y uno *Las Veladas de la Granja*. Las gentes de letras se quedaron estupefactas. Nunca se había visto nada parecido. Aquello era la Ukrania, la Ukrania cantando y riendo, con esa risa franca y sonora que caracteriza á los habitantes de la Rusia menor. Sin embargo, había aún allí reminiscencias románticas, exceso de imaginación; por otra parte, el cuadro era todo luz y alegría, faltando el contraste de las lágrimas. Pero tras *Las Veladas* vino *Mirgorod*, otra serie de narraciones; al leerlas, Puchkine saltó al cuello del autor. Tal vez la realidad se había revelado al joven novelista una mañana que llamó á la puerta del gran poeta, quedándose asombrado al oír que estaba durmiendo todavía. «Habrás pasado la noche escribiendo alguna obra maestra», dijo.—«La ha pasado jugando», contestó el criado.

El éxito de *Mirgorod*, en donde la verdadera risa humana, la risa á través de las lágrimas, dejaba oír su nota irónica, no bastó á colmar las aspiraciones de Gogol, el cual, como Tolstoi más adelante, rechazaba siempre por causa de indignidad á las hijas de su fantasía, después de haberlas concebido. Pensó entonces en escribir una historia de la Rusia menor y otra de la Edad Media, en ocho ó nueve volúmenes. Del pasado de su país natal (Gogol había visto la luz en el gobierno de Poltava) sólo sabía lo que su

padre le enseñara, refiriéndole las leyendas y tradiciones nacionales. Dedicóse, pues, con febril actividad á buscar materiales que completaran sus escasos conocimientos en el asunto. Afortunadamente, la imaginación recobró sus fueros, y el esfuerzo realizado por Gogol no produjo ninguna obra de historia, sino *Tdrás Bulba*, especie de poema en prosa, muy romántico aún, sugerido por la lectura de Beauplan y de Scherer, pero animado de un soplo épico vigoroso y lleno de episodios dramáticos y expresivos. Algunas de sus escenas más hermosas parecen inspiradas en nuestro *Romancero del Cid*. En los *Arabescos*, Gogol limitóse á recopilar varios trabajos semi-literarios, semi-científicos, cuya crítica negóse á hacer el famoso Bielinski, por figurarse que comprometía la gloria naciente de su autor. Fluctuó éste durante algún tiempo entre la influencia romántica, sobre todo en *Vii*, y la de Hoffman, en *El Retrato*, hasta dar á la estampa otra serie de relatos de género muy distinto y de carácter casi uniforme. *Los propietarios de otros días*, *La Querrela de Ivan Ivanovitch* y de *Ivan Nikiforovitch*, *El Abrigo*, demostraron que estaba en posesión de la fórmula definitiva que iba á enseñorearse de la novela rusa. Todo en estas narraciones se halla tomado del natural. Un año después, representóse *El Inspector*, que creó la nueva comedia rusa. Era esta obra una sátira tremenda de las costumbres administrativas del imperio de los Czares. Nicolás asistió al estreno y dió la señal de los aplausos: los cortesanos no tuvieron más remedio que aguantar la rociada; pero no perdonaron á Gogol los saetazos con que los acribillaba. «Todos contra mí, decía al poco tiempo: funcionarios, polizontes, mercaderes, literatos, royendo, mordiendo mi comedia. Ya me inspira horror. Nadie puede adivinar cuánto sufro. Estoy rendido de alma y de cuerpo.» Agrióse su carácter; comenzó á dominarle la hipocondría, y determinó huir de Rusia. Vino á España, se detuvo algún tiempo en nuestro país y trasladóse luego á Roma.

«Gogol, escribe la señora Pardo Bazán, tenía la aspiración generosa de quien siente dentro, como marea irresistible que sube á los labios, la oleada de la verdad; quería componer un libro donde lo dijese *todo*, donde con calma, lejos de la atmósfera patria, que le constreñía á contemporizar, velar y atenuar, pintase á Rusia de cuerpo entero; un libro donde se desbordase su caudalosa vena satírica y hallasen digno empleo sus facultades de observador. Este libro, resumen de una existencia, obra capital, monumento perenne, aspiración de todo espíritu algo ambicioso que no quiere morir por completo, estela de bronce donde grabamos un *memento* para las generaciones futuras, llegó á ser la idea fija de Gogol; se apoderó de él, no le dejó punto de reposo, absorbió su vida, le chupó la substancia del cerebro y, al cabo, quedó sin concluir. Así y todo, lo que se conserva forma acaso el libro más humano y profundo de cuantos se han escrito en Rusia; encierra todo el programa de la escuela iniciada por Gogol, y nos obliga á contar al autor entre los descendientes directos de Cervantes. El *Quijote*, en efecto, fué

el modelo de *Las almas muertas*, que acabaron con el romanticismo, como el *Quijote* con los libros de caballerías.» La señora Pardo Bazán justifica la filiación de *Las almas muertas* con las siguientes palabras de Melchor de Vogüé: «Puchkine, dice Gogol, me animaba desde mucho tiempo atrás á emprender una obra larga y seria. Un día me representó la endebles de mi complexión, mis achaques, que podían ocasionarme muerte prematura: me citó el ejemplo de Cervantes, autor de algunas novelas breves de primer orden, pero que jamás hubiera obtenido el puesto que le corresponde entre los astros de primera magnitud si no hubiese emprendido su *Quijote*; y por fin, me sugirió un asunto de su invención, del cual pensaba sacar un poema, y me dijo que no lo comunicaría á nadie sino á mí. Era el asunto de *Las almas muertas*. Puchkine me había sugerido también la idea de *El Inspector*..... A pesar de tan claro testimonio, agrega Vogüé, igualmente honroso para ambos amigos, sigo creyendo que el verdadero progenitor de *Las almas muertas* es el mismo Cervantes, cuyo nombre acaba de escribir Gogol. A su salida de Rusia, Gogol se dirigió desde luego hacia España, estudiando muy de cerca la literatura de este país y, sobre todo, el *Quijote*, que fué siempre su libro predilecto. El humorista español le brindó un asunto maravillosamente adecuado á sus planes: las aventuras de un héroe, impulsado por su manía á todas las regiones y esferas de la sociedad, y que sirve de pretexto para mostrar al espectador, en una serie de cuadros, la linterna mágica humana. Todo indica el parentesco estrecho de ambas obras: el espíritu reflexivo y sardónico, la tristeza encubierta bajo la risa, la misma imposibilidad de clasificarlas entre los géneros literarios definidos. Gogol protestaba contra el nombre de novela aplicado á su libro, y lo tituló poema, dividiéndolo no en capítulos, sino en cantos. Claro está que no cabe aplicar á *Las almas muertas* en sentido riguroso el nombre de poema; pero clasificad el *Quijote*, y la obra maestra de Gogol queda clasificada también».

El argumento de *Las almas muertas* es el siguiente. Antes de la emancipación decretada por Alejandro II, los propietarios pagaban al Tesoro un tanto por cada *alma* (siervo varón) que poseía, y como el censo no se rectificaba sino cada cinco ó seis años, el propietario tenía que pagar en el intermedio la misma suma, cualquiera que fuese el número de *almas* que murieran ó el de las que naciesen. Hay que advertir que los siervos podían cambiarse, venderse é hipotecarse. Ahora bien, un tal Sisikof, pilló redomado y ex-funcionario público, que había perdido un destino que desempeñaba en el ramo de aduanas por contrabandear, viéndose arruinado y deshonorado, concibió el plan de rehacer su fortuna mediante una ingeniosa estafa. Lo que se le ocurrió fué recorrer el país y comprar á bajo precio los siervos fallecidos, pero que aún figuraban en los registros oficiales, inscribirlos como suyos y pedir en un banco una fuerte suma, entregando como garantía los títulos de aquella propiedad ilusoria. Sisikof engancha su *troika* y, acompañado de su